

ble en sus doctrinas, vió espirar á sus piés todas estas sectas rebeldes, una tras de otra, y las guerras que le habian suscitado, solo sirvieron para prepararle nuevos triunfos.

Si alguno se le tratase de sacar un argumento de la conducta de la Iglesia para con los hereges contra su espíritu de tolerancia, nos causaria admiracion. La verdad no puede sin duda transigir con el error que la combate. La Iglesia ha observado siempre en sus Concilios los procedimientos mas honrosos, citando á los novadores para que personalmente se presentasen en ellos, autorizándolos para que sus protectores los acompañaran, y dejándoles toda la libertad de una legítima defensa.

Tal vez se nos motejaria si pasásemos aquí en silencio una acusacion, que aun en nuestros dias se reproduce contra el catolicismo: que alteró la fé cristiana en el periodo de los seis primeros siglos. Háblase de las discusiones entre el Papa S. Estévan y S. Cipriano, obispos de Cartago. Pero ¿quién ignora que jamas se rompió la comunión entre estos Pontífices, entrambos reputados dignos de la misma corona? La doctrina que S. Cipriano sostenia, de ninguna manera estaba condenada por la Iglesia; y aunque errónea, no perjudicó á la tradicion que se sostuvo por su propia fuerza contra los especiosos razonamientos que se le oponian. Subiendo á aquella época, en que juntos el poder y el artificio llenaron la Iglesia de confusion y desór-dne, no se deja de citar la constancia del Papa Li-

berio, que cedió al tedio del destierro; los tormentos que hicieron sucumbir al anciano Osio, y el Concilio de Rímini, que firme á los principios, se doblgó por fin á la sorpresa y violencia. Pero ¿quién podrá disputarnos que en él nada se hizo en forma? Mientras que los arrianos cambiaban de símbolo cada dia, la fé de Nicea permaneció siempre la misma; esta fé cuyo intrépido defensor se declaró S. Atanasio, no obstante sus largos padecimientos. Si se objetase que los griegos tomaron motivo para su separacion de la Iglesia romana, porque la Iglesia añadió mas adelante al símbolo de Constantinopla estas palabras *y del Hijo*, responderemos que era injusto este pretesto. En aquel Concilio no se habia tratado mas que de probar la divinidad del Espíritu Santo contra la opinion de los que la negaban, y no de definir de quién procede. Su procesion del Padre y del Hijo no era ni menos verdadera, ni menos universalmente recibida en toda la Iglesia, porque no se espresase en el Concilio de Constantinopla. De modo que la Iglesia latina, al añadir las palabras *y del Hijo*, no inventó un nuevo dogma, sino que propuso únicamente lo que se contenia en la tradicion: la creencia en la divinidad del Espíritu Santo nunca ha variado. Hasta ha habido la osadía de asegurar que en los cuatro primeros siglos de la Iglesia, la doctrina era incierta y variable: que la verdad de Dios no se ha conocido mas que por partículas: que el misterio de la Trinidad continuó informe

hasta el primer Concilio de Nicca y aun hasta el de Constantinopla: que los primeros cristianos no creían que Dios fuese inmutable, y que fuesen iguales las divinas Personas: y que hasta ignoraron el misterio de la Encarnacion. Categóricamente responderíamos á estas diversas acusaciones, si no prefiriésemos remitir á nuestros lectores á la obra del ilustre obispo de Meaux (1). Nos bastará afirmar que siendo divina la doctrina cristiana, no ha estado sujeta á las modificaciones de las cosas humanas que desde luego tuvo la perfeccion: que pertenecia á una obra salida de las manos del Eterno. Adoptando el lenguaje del célebre Vicente Lerinense (2) diremos: “que bien se pueden añadir á la fé la inteligencia, la ciencia y la sabiduría; pero siempre en su propio género, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido, en el mismo sentimiento: que los dogmas pueden con el tiempo recibir luces, evidencia y distincion; pero que siempre conservan su plenitud, integridad y propiedad; que la Iglesia nada cambia, nada disminuye, nada pierde de cuanto le era propio, y nada recibe de lo que era ageno.” Tal ha sido la única ventaja que la Iglesia ha sacado de las nuevas decisiones á que dieron lugar las heregías que se han formado sucesivamente. “Las decisiones de sus Concilios no han hecho mas que dar á la posteridad escrito lo que habían crei-

(1) Primera advertencia sobre las cartas del señor Jurieu.

(2) *Commonitorium*.

do los antiguos por la simple tradicion, abrazar en pocas palabras el principio y la sustancia de la fé, y muchas veces para facilitar la inteligencia, expresar con alguna voz nueva, pero propia y precisa, la doctrina que nunca había sido nueva. Los Concilios confirman lo que siempre se ha enseñado.”

Conforme á estos principios, ¿cómo se podrá suponer que hasta el primer Concilio de Constantinopla, que se celebró en el año 381, no adoraban distintamente los primeros cristianos á un solo Dios en tres Personas iguales y coeternas, y que no creían en el misterio de la Encarnacion? Mas todas estas nociones estaban contenidas claramente en la doctrina que habían recibido de Jesucristo los Apóstoles, que la compendiaron en el símbolo compuesto por ellos en el Concilio de Jerusalén el año 50 de la era cristiana. Los santos Padres no habían cesado de proclamar esta doctrina, y los primeros cristianos la habían sostenido con peligro de su vida.

He aquí lo que ha podido dar margen al error de los que reproducen estas infundadas objeciones. Mientras que la divina semilla se desparramaba en las mas remotas regiones para preparar nuevos caminos al Evangelio; las dos reglas de la fé, ó mejor dicho, las dos partes de la única regla recibían su último complemento de evidencia; la tradicion en el *Commonitorium* de Vicente Lerinense en el siglo V, y la Escritura Santa por el decreto atribuido al Papa Gelasio al fin del mismo siglo ó á Hor-

misdas al principio del siguiente. Este decreto sancionó solemnemente, y consagró el cánón de las Santas Escrituras en todas sus partes. Pero ni uno ni otro inventaron ningun dogma, ni alteraron en nada la fé ya recibida.

Oigamos al célebre Vicente Lerinense (1): "La Iglesia de Jesucristo, depositaria cuidadosa de los dogmas que se le entregaron en guarda, nunca los altera en nada: no disminuye, no suprime las cosas necesarias, no añade las superfluas. Todo su trabajo consiste en pulir las cosas que se le dieron antiguamente, confirmar las que han sido suficientemente esplicadas, guardar las confirmadas y definidas, y atestiguar á la posteridad por medio de la Escritura, lo que habia recibido de sus antepasados por la tradicion sola." Y hácia el año 202 despues de Jesucristo escribia S. Ireneo: "En la imposibilidad en que nos hallamos de esponer á la vista de los hereges la tradicion de todas las iglesias, nos limitamos á señalar la tradicion de la mayor y mas antigua, conocida de todo el mundo y establecida en Roma por los gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo: con esta fé conservada en aquella Iglesia por la sucesion de sus obispos, confundimos á todas las sectas, desgraciado producto de las pasiones humanas; porque con aquella Iglesia *deben concordar* todas las demas, y confrontar su fé con la suya: allí se ha conservado en su pureza la tradicion de los

(1) Commonit.

Apóstoles." Despues de tan irrecusables testimonios y sin prueba en contrario, ¿se podrá acusar al catolicismo de haber variado en su fé, durante los seis primeros siglos? A nuestra vista no cesa de aparecer *invariable, y con todo favorable al progreso.*

La lucha intelectual y material que tuvo que sostener la Iglesia durante aquellos seis siglos, fué sin contradiccion la época de los mayores ingenios que Dios ha concedido á la misma para ilustrarla y defenderla. En su polémica esplicaban los dogmas y la moral con una magestuosa esposicion. ¿Con qué fuerza de doctrina no clamó S. Dionisio, obispo de Alejandría, contra Sabelio, que confundia las tres divinas Personas? ¿Con qué celo y sabiduría no defendieron S. Atanasio y S. Hilario, obispo de Poitiers, la fé de Nicea? Juliano el apóstata pudo escluir de los honores y de las aulas á los cristianos; pero no por eso dejaron S. Basilio y S. Gregorio Nancianceno de ser unos atletas vigorosos para desconcertar á Valente, perseguidor de la Iglesia en Oriente, y quitarle toda esperanza de vencerlos jamas. ¿Cuán admirable no fué la caridad de S. Ambrosio, que contra la emperatriz Justina, madre de Máximo, no empleó mas que la sana doctrina, las oraciones y la paciencia! Pues con tales armas supo conservar sus Iglesias y ganarse al emperador: la superioridad de su talento y virtudes, que le constituian una de las mas esplendentes lumbreras de la Iglesia, conquistó á Teodosio. ¿Qué elocuen-

cia mas asombrosa, á la par que persuasiva, que la de S. Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla y antorcha del Oriente? ¿Qué sabiduría igualó á la de S. Agustin y S. Próspero contra los pelagianos y semipelagianos? ¿Qué mayor inteligencia que la del Papa S. Leon el Grande, cuya ilustracion, no menos que su autoridad, fueron acatadas por todo el universo. Entre tanto, la legislacion de la Iglesia tomaba en todas sus grandes instituciones de disciplina, formas fijas y mas generales con los cánones de los muchos Concilios que habian señalado su libertad en el cuarto siglo. La creciente accion de los Pontífices, sucesores de Pedro, se iba aumentando desde entonces por la fuerza de las circunstancias, hasta llegar á aquel imperio moral que salvó á la Europa de la edad media, y preparó los tiempos modernos. El imperio sucumbió en Occidente á manos de los bárbaros que le inundaron.

Fijemos aquí un instante nuestra consideracion sobre la Iglesia, que abriga en su seno á estos hijos del Norte, llamados por la Providencia para recoger la herencia del imperio romano, y regenerar el mundo. Dignase de descender de su trono hasta ellos: se baja para elevarlos: no teme identificarse en cierto modo con ellos á fin de ganarlos todos para el Evangelio: entre tanto se hunde el edificio de la antigua sociedad. Al oír el crugido prolongado por los ecos, cualquiera diria que todo se iba á confundir en un abismo espantoso. Tranquilicé-

monos; allí está la Iglesia mezclada con el polvo amontonado por tantos escombros. Bajo de su bandera se alistarán los godos, los suevos, los vándalos, los borgoñones, y los francos; y la Iglesia con sus Pontífices, recogiendo las esparcidas reliquias de la antigua civilizacion, las reanimará y las conservará como depósitos preciosos en innumerables monasterios que serán otros tantos asilos de la virtud y de la ciencia. Allí se establecerá el foco de una nueva civilizacion, de esa civilizacion sobre todo cristiana de que somos hijos. Ya San Benito componia aquella preciosa regla, que todos los monjes del Occidente recibieron con el mismo respeto que los del Oriente tienen á la de S. Basilio; y ponía el sello á todos los ensayos anteriormente hechos por San Atanasio, Casiano de Marsella, S. Agustin y S. Cesareo. La fé católica, tomando sucesivamente posesion del mundo, tanto romano como bárbaro, por todas partes llevaba la civilizacion, y estimulaba al progreso.

La verdad religiosa tiene una vida que las verdades filosóficas y políticas no. Las generaciones se habian sucedido muchas veces desde la era cristiana, y el mundo moral estaba mas corrompido que nunca con motivo de la invasion de los bárbaros; pero el cristianismo no cesaba de mejorar las costumbres del nuevo pueblo, é inspirarle mas nobles sentimientos, opiniones mas ilustradas, y leyes mas humanas y mas sábias.

Clodoveo, despues de haber derrotado á los roma-

nos en Soissons, venció también á los alemanes en Tolbiak por el voto que hizo de abrazar la Religión cristiana: recibe el bautismo de manos de S. Remigio, gana para sus sucesores el título de rey cristianísimo por su adhesión á la fé, y somete al Evangelio los borgoñones y visogodos á quienes sujeta con las armas. Eran ya tan apreciados los beneficios de la Religión cristiana, que Justino, sucesor de Atanasio, se sometió con todo su pueblo á los decretos del Papa Hormisdas, y puso término á las disidencias de la Iglesia de Oriente. Los límites del reino de Francia variaban todos los dias por sus nuevas conquistas, y no cesaba el cristianismo de recorrer también su carrera civilizadora, que cada dia aumentaba en mas estensas y fecundas proporciones. Bajo el pontificado supremo de S. Gregorio el Grande, hizo cesar la peste que assolaba las provincias: instruyó á los emperadores y enseñó á los pueblos á que les fuesen obedientes: consoló al Africa sumergida en luto; y con la conversión de Recaredo, rey de los visogodos de España, que habian ya abandonado el arrianismo, aceleró la civilización de los bárbaros, y se abrió el camino de Inglaterra. Alentado el monge Agustin con las eficaces exhortaciones de San Gregorio el Grande, entra en el reino de Cant, con cuarenta compañeros, solamente armados de una cruz de madera; y la fé cristiana produce frutos abundantes: todo experimenta una feliz influencia. ¡Oh Iglesia anglicana! ¡por qué no has perseverado siempre en la fé de tus

padres? El pauperismo se ha apoderado de tí: ese cáncer te devora: cualquiera diria que estás próxima á sucumbir bajo el peso de la miseria y de la indigencia (1); pero no parecerás: tú nos presentarás el prodigio de renovación de la antigua sociedad, como cuando estaba para espirar en los horrores del paganismo. Como entonces, en la misma pendiente del precipicio que amenazaba trágarsela, fué sostenida por la sociedad cristiana, que habia comenzado á formarse en su seno; por una misteriosa inspiración parecerá que renaces de tus cenizas con el favor del catolicismo, á quien tiendes tus brazos. Contempla á la valerosa Irlanda, al ilustre O'Connell, á la célebre universidad de Oxford: adelanta, resignate y espera.

(1) Hacia el fin de la legislatura de 1842 uniéndose O'Connell á los deseos del señor Wallace que proponia á la cámara que pensar en los medios de aliviar la miseria de las clases pobres, esclamaba en la tribuna: "El pais es víctima de la miseria, y los cuadros mas espantosos se suceden con rapidez." Y apenas acabó de hablar, el señor Moore de Manchester, enseñó una camisa que por espacio de cinco años consecutivos habia llevado puesta un desgraciado jornalero de Bolton, para manifestar hasta dónde llega la miseria del pueblo. Univ. 13 Jul. 1842.